

Fundación Cerro Navia joven: 20 años sirviendo a los más vulnerables de Cerro Navia.

Una de las imágenes que a los chilenos nos interpela es la del Padre Hurtado yendo en su camioneta verde a recoger niños que dormían en el río Mapocho. Es la pobreza de los años 50, de esos niños “azulosos de frío”, los que fotografiara Sergio Larraín conmoviendo la conciencia nacional, los niños con los que fundó el Hogar de Cristo. La migración del campo a la ciudad hizo que Santiago (como Sao Pablo, Bogotá y ciudad de México) creciera en sus márgenes y viera nacer muchas poblaciones callampas, muchos campamentos en la periferia de la ciudad. Así nació Cerro Navia (que primero se llamó Barrancas y luego Pudahuel), a la orilla del río, donde ya no alojan solo niños, sino poblaciones enteras en pobreza. Unas fueron el resultado de épicas tomas de terreno, otras fruto de cooperativas, de traslados o erradicaciones de otras partes de la ciudad¹. Algunos consiguieron buenos terrenos, que con los allegados se fue achicando; otros quedaron bastante hacinados en los desafortunados bloc de 36 metros cuadrados de las viviendas sociales. La política de expulsión de muchas poblaciones hacia la periferia hizo de nuestro país un lugar todavía más segregado.

En estos 20 años de vida de la *Fundación Chile* ha crecido mucho y en Cerro Navia hemos vivido del chorreo del modelo. Las calles se han pavimentado, se han iluminado; nuestras escuelas y colegios tienen buena infraestructura, en nuestras casas hay televisores y muchos otros aparatos que antes no teníamos. Pero todavía el 22% de los casi 150 mil habitantes de la comuna se encuentra bajo la línea de pobreza y la mitad con mucha facilidad entra y sale de la pobreza. Es la cuarta comuna con peor índice de calidad de vida del país: baja escolaridad en muchos, alto embarazo adolescente, malas condiciones laborales... y podríamos seguir. Chile ha crecido, pero algunos han crecido muchísimo y otros muy poco. El “neoliberalismo con rostro humano” de estos años de Concertación no ha podido impedir que se concentre la riqueza y se mantenga la inequidad. El chorreo del modelo más parece goteo y hacia abajo llega poco agua. Es como si estando en un mismo tren los últimos vagones (con los índices recién recordados) avanzaran muy lentos y vieran como la locomotora y los de primera clase corren veloces.

Hace 50 años la Iglesia vivió una experiencia que ha transformado su rostro. El Concilio Vaticano II, verdadera refundación del cristianismo en este siglo XX, nos recordó que las alegrías y las tristezas de los hombres de nuestro tiempo, particularmente, las sonrisas y las lágrimas de los pobres, son las alegrías y las tristezas de los discípulos de Cristo. Los obispos latinoamericanos en Medellín al querer aplicarlo ponen a la Iglesia del lado de la gran transformación, de la gran liberación que está ocurriendo en el continente. Vuelven a confirmar el catolicismo social, sea en su versión reformada (los socialcristianos) o revolucionaria (la teología de la liberación). Uno de los frutos es que una parte de la Iglesia se instala en los últimos vagones del tren. Las comunidades eclesiales de base, animadas en su mayoría por religiosas y sacerdotes extranjeros comienzan a crecer en los sectores populares, acompañando a estas nuevas poblaciones marginales. De estas comunidades evangelizadoras y solidarias es heredera la *Fundación Cerro Navia Joven*. Aquí a la orilla del río, no recogiendo niños, sino ayudando, acompañando, sosteniendo y educando a los más excluidos de nuestra comuna.

¹ Así por ejemplo esta población Los Lagos en la que nos encontramos. La mayoría vivía en Barnechea, donde por lo menos había trabajo en los jardines y en las casas de los vecinos ricos; después del traslado para seguir trabajando había que atravesar la ciudad, dos horas en micro.

En este mes de septiembre hemos sido conmovidos, como nunca antes, por el recuerdo de los 40 años del golpe militar. Hemos vivido una especie de terremoto moral y realizado una toma de conciencia colectiva de los horrores padecidos. Ya nadie en Chile puede negar ni justificar las violaciones a los derechos humanos. Paradójicamente la Iglesia, que fue un actor tan relevante en esos años, fue la gran ausente en esta memoria colectiva. Apareció poco en los programas de televisión, en los reportajes, en los debates. No recordamos a la Vicaria de la Solidaridad, ni al Cardenal. No apareció esa Iglesia que, inspirándose en la parábola del Buen Samaritano, no paso de largo frente a los heridos en el camino, frente a los detenidos, a los familiares que los buscaban, a los torturados, desaparecidos. Bajo el amparo y al alero de la iglesia hubo mucha vida, mucha organización social, mucha sociedad civil, incluidas nuestras comunidades de base, que hicieron de la solidaridad su modo de evangelizar. Los 20 años que van de 1973 a 1993 son muy relevantes para una institución que ha nacido y vivido justamente en los 20 años siguientes, desde 1993 al 2013. No es lo mismo la solidaridad organizada en tiempos de dictadura que la solidaridad institucionalizada en estos años de transición a la democracia.

He querido poner esta celebración de 20 años de la FCNJ en este contexto mayor de 40 años del golpe y 50 años del Concilio, pues creo que iluminan el camino recorrido (y los eventuales 20 años más que quedan por recorrer). La *Fundación*, que comenzó apenas dos años después de la vuelta a la democracia en 1991, es solidaridad eclesial en tiempos difíciles, en tiempos que pueden ser llamados de “invierno eclesial” y de “frío neoliberal”.

Ella es heredera de una iglesia que mediante las comunidades de base empezó a crecer en sectores populares, que supo evangelizar mediante la catequesis y la solidaridad. Los equipos de salud, los comprando juntos, las bolsas de cesante y sobre todo la olla común, eran actividades tan normales como la catequesis, la pastoral juvenil, las liturgias o las reuniones de comunidad. Una iglesia que trajo “buenas nuevas pa’ mi pueblo”, cercana, con religiosas que se vinieron a vivir a la población, con muchos misioneros y sacerdotes extranjeros que muchos de los que estamos aquí recordamos con emoción.

Pero nos ha tocado administrar esa herencia en tiempos poco heroicos. En tiempos –decíamos– de “invierno eclesial”. Tiempos de sospecha respecto del Concilio, de desconfianza por tanta apertura, de repliegue y concentración en la propia identidad. Como si el anuncio de la fe fuera posible sin la lucha por la justicia, como si pudiéramos evangelizar sin practicar la solidaridad, como si la vuelta al evangelio no consistiera en descubrirlo en este tiempo, como si el lugar y el hogar de la Iglesia no fuera servir al mundo. Una curiosa manera de volver a lo propio, a lo religioso, a lo seguro, a la doctrina, hizo que parte del discurso eclesial se fuera volviendo incomprensible. Los profetas que alentaban el compromiso social comenzaron a ser reemplazados por los guardianes de los comportamientos adecuados en materia sexual. Primero se esbozan inquietantes diagnósticos sobre la decadencia y crisis valórica y luego se proponen las exigencias que vienen de la moral familiar, sexual y de la vida. La iglesia se lanzó en una cruzada para impedir la ley de divorcio, como hoy lo hace para impedir el matrimonio homosexual. Pero este énfasis en la cuestión sexual, que parecía reemplazar a la preocupación por la cuestión social, se volvió dolorosamente contra la iglesia cuando se vio obligada a reconocer las inadecuaciones y aberraciones de algunos miembros del clero en sus prácticas sexuales. No solo las defecciones respecto de su celibato sino también los delitos en materia de pedofilia y otros abusos. En pocos años el prestigio y la credibilidad alcanzada por la iglesia durante la dictadura se fue perdiendo y parece haberse dilapidado totalmente. Quizás la figura de Francisco, el nuevo obispo de Roma,

alienta las esperanzas de quienes quieren una iglesia pobre al servicio de los pobres y observan que el invierno retrocede frente a una posible primavera eclesial.

Pero las dificultades de esta *Fundación* que ha querido ser un modo de solidaridad eclesial con los más excluidos no han venido solo del frente interno, sino también de las peculiaridades de nuestra transición a la democracia y del frío neoliberal. Tiempos difíciles pues la lenta recuperación de la democracia obligó a posponer las demandas particulares y sectoriales; tiempos en que se trató de modificar el modelo económico, en la medida de lo posible; en que hubo que recuperar la democracia en la medida que la constitución tramposa lo permita; se buscó verdad y justicia, teniendo al ex dictador como comandante en jefe del ejército. Tiempos en que las organizaciones sociales palidecieron hasta casi desaparecer, tiempos de una sociedad civil muy débil, tiempos de individualismo en el que cada cual se las arregla con sus uñas; tiempos de endeudamientos para poder adquirir algunos bienes y para que los hijos puedan seguir estudiando

No son ni los tiempos combativos de la transformación social, ni los tiempos heroicos de la lucha contra la dictadura, son los tiempos de intentar aliviar los sufrimientos de los que quedan fuera del sistema: de los jóvenes que no tienen oportunidades, que solo pueden estar en la esquina, matándose con la droga; los tiempos de los niños que quedan solos por que la mamá tiene que trabajar; los tiempos de reconocer el rostro diferente del que tiene otra capacidad intelectual; los tiempos de intentar mejorar la calidad de la educación, que tiene que ser buena para todos y no depender del bolsillo de los padres; los tiempos en que los adultos mayores aumentan y son muchas las cosas que podemos hacer con tanta juventud y sabiduría acumulada.

La *Fundación* celebra 20 años de solidaridad realizados en tiempos difíciles. De invierno eclesial y de frío neoliberal. Pero quizás, al igual que la posible primavera que se avizora en la iglesia, un cambio de ciclo y de modelo es posible en el país. Algo parece estar cambiando y quizás después de la manifestación del malestar, del descontento, del cansancio con el abuso, después de las movilizaciones, sea posible construir un nuevo modelo político y económico. Quizás se cumpla el deseo del P. Hurtado, que la caridad comienza donde termina la justicia. Que mucho de lo que hacemos en solidaridad con los más vulnerables sea para ellos parte de sus derechos sociales garantizados. Mientras ello no ocurra, y sea el tiempo que sea –más fácil o más difícil, con frío invernal o calorcito primaveral– a nosotros nos toca seguir acompañando, seguir sirviendo y aliviando, educando y acogiendo en esta hermosa comuna a la orilla del río, en este sector nor poniente de la ciudad de Santiago, con la esperanza que los más excluidos de este vagón del tren sean tratados con la dignidad que merecen. Nuestra misión es colaborar con lo que Dios quiere –y que tan hermosamente dice el profeta Isaías: “dar alivio al cansado y multiplicar las fuerzas al que no tiene ninguna... para que levanten alas como las águilas; así correrán, y no se cansarán; caminarán, y no se fatigarán” (Isaías 40, 29-31).

Esperamos que la *Fundación* pueda estar aquí para verlo, aunque para ello sean necesarios otros 20 años... Muchas gracias.

Eduardo Silva S.J.
Noviembre 2012. Cerro Navia